

CRÓNICA

LA INHUMANA GUERRA EMPEZADA POR HAMÁS



La matanza en el kibutz Be'eri (y sus niños secuestrados) fue la portada.

Soldados de Israel con (la pesadilla del) estrés postraumático

Y un país entero atrapado por las consecuencias del odio, matar o morir, desde que el inaudito ataque terrorista de Hamás les llevó a la guerra en Gaza. Hablan los propios ex soldados, desde el pionero Itzik Saidian, que intentó quemarse a lo bonzo tras su paso por la Brigada Golani, al hoy 'barcelonés' Omri Ginzburg, que exorcizó sus demonios en un libro. También la gran experta en TEPT, y una fotografía que heredó el síndrome de su padre

Por **Zahida Membrado**

Cuando el 12 de abril de 2021 el excombatiente israelí de 26 años Itzik Saidian se prendió fuego delante de las cámaras de seguridad del departamento de Rehabilitación del Ministerio de Defensa en Tel Aviv, quería inmortalizar la aterradora imagen de su cuerpo ardiendo en la retina de quienes le fallaron a la hora de protegerle. Llevaba seis años atrapado en su casa, padeciendo un sufrimiento «que no puede explicarse en palabras», según declaró a los medios el pasado mes de mayo, cuando pudo abandonar el hospital tras dos años de ingreso y numerosas cirugías. Itzik Saidian había participado en 2014 en la ofensiva terrestre en la Franja de Gaza durante el desarrollo de la *Operación Protector* contra Hamás.

Como miembro de la prestigiosa Brigada Golani, hizo lo

que se esperaba de él: disparó día y noche contra todo aquel que resultara sospechoso, asistiendo a la muerte de civiles en un escenario atroz. Regresó a casa aparentemente de una pieza. Su cuerpo estaba íntegro. Pero algo se había roto en su interior. Los síntomas de un trauma severo se manifestaron de forma devastadora. Lo que Saidian vivió durante los años posteriores a la guerra hasta que se prendió fuego delante del Ministerio de Defensa es la historia de una tragedia que conmocionó a la sociedad israelí y llevó al gobierno de este país a introducir por primera vez cambios sustanciales en los protocolos para diagnosticar y ayudar a los soldados afectados por el estrés postraumático.

Desde su piso en Barcelona, Omri Ginzburg, de 39 años, regresa una y otra vez a los años en los que siempre encontraba múltiples excusas para justificar el sufrimiento psicológico

que le causaba la idea de tener que volver algún día al ejército. Hoy su vida transcurre lejos de Israel, pero diez años atrás vivía preso del pánico temiendo que alguien entrara de noche en su casa de Tel Aviv para matarle. Sufrió pesadillas constantes y en ellas siempre regresaba a la Guerra del Líbano (2006), adonde fue destinado con 22 años para luchar contra Hezbolá.

DISPARAR SIN PARAR

En Israel, aproximadamente la mitad de los hombres y mujeres del país van al ejército a los 18 años. Quedan exentos los judíos ultraortodoxos y los árabes israelíes. Son excepcionales los jóvenes que renuncian a alistarse exponiéndose a ser encerrados un corto período de tiempo en la cárcel.

Omri creció escuchando a su padre tildar de cobardes a los que no querían ir al ejército. «Si todo el mundo decide no alistarse, ¿quién defen-

derá Israel?». Cuando terminó el servicio militar decidió cursar un cuarto año de oficial. Ese mismo año estalló la Guerra del Líbano (2006). «Tenía 22 años y me pusieron al frente de una compañía de 70 personas de entre 19 y 20 años. Temía constantemente a la muerte. Veía cómo morían mis compañeros y cada día me preguntaba cuándo me tocaría a mí. Disparábamos sin parar», recuerda. En sus pesadillas recurrentes siempre aparece alguien sin boca. «Lo relaciono con un incidente que ocurrió en combate, donde a un soldado de mi batallón le dispararon en la boca. Pensamos que había sido fuego enemigo, pero fue un francotirador israelí».

«ERA UNA MÁQUINA DE MATAR»

Nachum Lamour vive con su familia en el kibutz Ma'agan Micahel, a una hora al norte de Tel Aviv. Le recibe Mr. Smith, el labrador entrenado para asistirle en todo momento. Es uno de los primeros perros financiados por el Ministerio de Defensa para ayudar a los veteranos de guerra con estrés postraumático. En el 2003, con 20 años, le destinaron a una base cerca de Jenín, al norte del país. Era de noche y la calma era total. De pronto, avistó a un grupo de palestinos que estaban saltado la valla. «Empecé a gritarles que se detuvieran, pero no paraban! Corrí tras uno de ellos pero no paraba de correr, así que disparé. Me acerqué y vi que le brotaba sangre del estómago. Le tapé la herida con la mano y llamé a los paramédicos. Lo ingresaron en un hospital de los territorios ocupados, donde murió esa misma noche». De la muerte de aquel joven, de 19 años, Nachum se enteró mucho más tarde. Aquella noche ni se paró a pensar. «Regresé a la base, me cambié y me preparé para la siguiente operación. No tuve tiempo de nada. Era una máquina», rememora.

Después de ese episodio y ya como reservista, fue llamado a filas para combatir en la Guerra del Líbano y en sucesivas incursiones posteriores. Y después de unos meses, empezó el descenso a los infiernos. Comenzó a beber, a sufrir pesadillas terroríficas y a sentir que no podía vivir con las



«manos manchadas de sangre». Lo peor de todo es que «no puedes explicar a tu gente lo que sufres, porque no se corresponde con la imagen de hombre israelí que debemos representar». Para luchar contra esa falta de visibilidad, ha construido con sus manos un muñeco de tamaño humano vestido de militar que simboliza el TEPT. Se ha apostado con él muchas veces delante del Ministerio de Defensa buscando llamar su atención, lo que había reclamado tantas veces Itzik Saidian antes de prenderse fuego delante de sus

Hay contabilizados ya 22.000 muertos en la Franja de Gaza y 55.000 heridos en medio de una destrucción total



SOLDADOS TESTIMONIO DEL HORROR DE LA GUERRA



Itzik Saidian (primero izda.) se prendió fuego para alertar del insostenible dolor tras la guerra. El resto: Yaron Edel, con su perro; Omri Ginzburg, autor de 'Out There'; Nachum Lamour, sentado junto a la bandera israelí, y Omri Ginzburg, en un tanque. Ella es Shiraz Grinbaum, que heredó el trauma de su padre. Le llaman trauma secundario.



LA FOTO DE ISIK SAIDIAN ES DE ALVA HAREL. EL RESTO SON CEDIDAS POR LOS PROPIOS SOLDADOS Y EX SOLDADOS

dependencias. «Cuando los soldados regresan y desarrollan el trauma, se sienten inútiles. Solíamos ser el mejor instrumento en manos del Estado y cuando dejamos de funcionar se olvidan de nosotros», dice. Para él, la guerra actual es una «vergüenza para la humanidad» porque «se deja a Israel luchar en solitario contra Hamás. Sin apoyo externo». Después de esta guerra, «si el gobierno no atiende debidamente el trauma de los soldados, las escuelas pueden ser un cáncer terminal para Israel. El impacto de las heridas del tra-

ma puede destruir el tejido social y económico de la sociedad», avisa. «En mi caso, por ejemplo, ante una situación estresante diaria, en menos de un segundo estoy preparado para disparar y neutralizar una amenaza. Nadie me ha ayudado a desprogramarme».

EL TRAUMA HEREDADO

Ifat Morad es Directora de Proyectos de Natal, la mayor organización de Israel dedicada a la atención de personas con TEPT. «Antes, para poder recibir apoyo psicológico, los sol-

dados tenían que demostrar ante una comisión militar que tenían una discapacidad. Tenían que probarlo. Era muy difícil. Se sentían humillados. El proceso era una pesadilla afianzada», detalla. Todo cambió tras el incidente de Saidian. «El país se quedó en shock y el gobierno se dio cuenta de que no estaba atendiendo a los veteranos correctamente y decidió modificar el protocolo», explica. «Ahora, ya no se enfrentan a una comisión fría, sino que nos llaman a nosotros, no al ejército, y de inmediato un psicólogo les atiende», relata.

La psiquiatra y profesora Zahava Solomon es la mayor autoridad en estrés posttraumático a causa de la guerra de Israel. El israelí Ari Folman la recreó en la película de animación *Vals con Bashir* (2008), permitiéndole explicar al personaje principal, encarnado por el propio Folman, veterano de guerra, en qué consiste el TEPT. Solomon atiende a *Crónica* por videoconferencia. Desde su puesto de teniente coronel en el ejército, ha observado de cerca la destrucción psicológica de los soldados cuando regresan del frente. «Durante

años, el gobierno ha mirado a los soldados con heridas psicológicas como si no fueran lo suficientemente hombres», asegura. Ante la guerra actual, espera que árabes y judíos encuentren la manera de coexistir. «Esta es su tierra y nosotros no tenemos a donde ir».

La activista y fotógrafa Shiraz Grinbaum reside en una casa ordenada y cálida en el centro de Tel Aviv. Conoce muy bien a la profesora Solomon porque fue ella quien le confirmó que el trauma puede heredarse. Es lo que se conoce como «trauma secundario». El padre de Shiraz luchó en la Guerra del Yom Kipur (1973) y al regresar desarrolló una conducta autodestructiva que terminó por alejarle de su familia. Con los años, ella empezó a desarrollar una sintomatología compatible con el TEPT, que había heredado de su progenitor. Ahora, tras mucha terapia, dirige un programa para hermanar a judíos y palestinos en proyectos de fotografía, y ha creado el primer gru-

La cafetería del Jardín Botánico de Jerusalén es un espacio tranquilo, un oasis en medio de una ciudad bañada por el extremismo religioso. Hace un rato que Yaron Edel espera para realizar la entrevista. Cuando arranca a hablar, no esconde la rabia por el sufrimiento vivido desde que, siendo un crío, fue enviado al ejército. Habla de una herida «moral» que «nunca se cura», la que le duele con furia cuando recuerda el día que le obligaron a cometer un secuestro. No quiere profundizar en el asunto. Después de aquello, estuvo diez años padeciendo en silencio, avergonzado, los síntomas del estrés posttraumático. «Cuando me decidí al fin a hablar con los mandos del ejército, solo encontré la masculinidad tóxica preponderante en el ejército, y fue mucho peor. La cultura en el ejército es tóxica, sobre todo en las unidades de combate», asevera.

Cuando Yaron, afectado por una discapacidad psíquica del 50%, mira atrás, entiende que

po del país de apoyo a personas con trauma secundario o heredado. «El orgullo sionista impide a los israelíes reconocer que sufren. Mi padre nunca lo admitió y su vida se desmoronó. Mi vida también», lamenta. Afortunadamente, las cosas están cambiando. El Parlamento israelí aprobó el pasado 18 de julio incluir por primera vez el TEPT en la legislación sobre veteranos de guerra. «Por fin lo conseguimos», afirma, orgullosa. Con el estallido de la guerra actual, comenta, existe el debate social sobre la necesidad urgente de dotar de los organismos de ayuda gubernamentales de más personal para ayudar a los soldados que regresarán del frente con heridas psicológicas graves.

«Es muy importante atenderles pronto para evitar que el trauma se haga más severo. Sabemos ya del caso de un soldado que en medio de una pesadilla nocturna se levantó, cogió el arma y disparó a un compañero en un campamento militar», revela. «El gobierno también ha dado más licencias de armas a particulares. El país se está militarizando todavía más»,

desde que nació forma parte de una cultura militar que no ofrece un modelo alternativo. «No tenía otras oportunidades. Mi abuelo fue a la Segunda Guerra Mundial, luchó con el ejército francés. Yo nunca sentí que tuviera elección, y así lo siente la mayoría de jóvenes a los 18 años. Nadie quiere ir al ejército. Es un lugar de mierda para estar, pero al cabo del tiempo se convierte en tu única realidad». Pero luego llega otra realidad, que no avisa: la del trauma. «Te dices a ti mismo que no es grave, porque sientes una vergüenza enorme, pero lo único cierto es que te estás desmoronando y te sientes completamente solo». Yaron ha impulsado una ONG para dar visibilidad al trauma en el ejército, compartir estrategias de rehabilitación entre los afectados y crear conciencia entre los israelíes del daño que causa la cultura militar del estado sionista. «Todos los israelíes vivimos un trauma sistémico». Su testimonio destapa las contradicciones de una sociedad obligada a matar con el pretexto de sobrevivir.